

BV4627

.B6

GJ

—  
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS  
—



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



I

De cómo un marqués muy católico increpa públicamente á un carretero muy blasfemo, porque éste echaba por la boca sapos y culebras.

**J**esús, Jesús, y qué lenguaje! ¡Alabado sea el santísimo nombre de Dios! Vamos, ya no puedo más... Voy á ver si consigo que ese desdichado carretero que está ahí en medio de la calle escandalizando y horrorizando al pueblo cristiano con un lenguaje infernal, y escupiendo espantosas blasfemias en contra del cielo, cierre esa boca, que parece una boca de Satanás.

«— Calle Ud. hombre, por Dios; selle esos labios, que no parecen de cristiano, y no vomite más contra lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra esas horrorosas, sucias y bárbaras blasfemias, que parecerían horribles en la boca de un demonio. Por Dios, no pronuncie más esas palabras, que sólo el infierno

224323

ha podido inventar y enseñar á los hombres para convertir la tierra en espantosa imagen del abismo. ¡Válgame Dios, y qué lenguaje!...

»Vamos, si parece que el infierno se ha trasladado á la tierra, y que esta lengua que Dios nos ha dado para que le alabemos no sirve á muchos más que para escupir veneno contra Dios, para horrorizar á los cristianos y escandalizar á los pequeñuelos. ¿Qué mal le ha hecho á Ud. el Señor para que así lo trate? ¿Saben ustedes lo que se dicen cuando así, con sacrílega boca, echan á rodar por el cieno el santo nombre de Dios, la Hostia sacrosanta, á la Virgen Santísima, nuestra Madre.. Calle por piedad, y no hiera más los oídos y el corazón de los que queremos ser hijos de María. ¡Perdónalo, Dios mío, que no sabe lo que dice!...»

Así reprendía con verdadero valor cristiano y á voz en grito, en medio de una calle de Madrid, un socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl á un infeliz carretero que, porque se le habían atascado las mulas en un profundo bache, echaba por aquella boca, que parecía á veces la de un lugar inmundo, y á veces un respiradero del abismo, tales barbaridades, sapos y culebras, en tal cantidad y de tales dimensiones, que empezó á arremolinarse la gente en

Y TALL

contra suya, y eso que tan acostumbrado está nuestro pueblo á oír ese lenguaje desvergonzado y sucio, que es una de las mayores afrentas y escándalos públicos de esta España que se llama católica.

— Oiga Ud., señorito; métase Ud. en lo que le importe, y no se cuide de lo que no le va ni le viene: cuando yo insulte á Ud., entonces me podrá Ud. venir con monsergas y con sermones de Semana Santa. ¿Qué tiene Ud. que ver con que yo diga lo que me dé la gana y se me venga á la boca? ¿Me meto yo con Ud. ni con *naide*? Malhaya...

«— No se mete Ud. conmigo, hombre infeliz, ni me afrenta Ud. á mí, que no se atrevería á hacerlo; pero se mete Ud. con mi Padre, que es Dios, y también Padre de Ud., aunque Ud. parece ignorarlo. Insulta Ud. su honra, que es la mía, y vale infinitamente más que la mía, y con esas palabras, que son tan horribles que usted mismo ignora toda su gravedad, está Ud. provocando la ira de Dios, que ya no le ha enviado á Ud. un rayo que lo mate porque Dios es muy bueno y sabe que Ud., como tantos otros como usted, pecan más de ignorantes que de perversos. Está Ud. insultando públicamente la honra de la Santísima Virgen, que es mi Madre, y yo

no quiero, no puedo, no debo consentir que nadie ponga su lengua en la pureza inmaculada de

¡Calle Ud., hombre, por Dios, y no blasfeme!



mi Madre. ¿Lo consentiría Ud.? ¿Qué haría usted con el que públicamente arrojase cieno inmundo en contra de la honra de su madre de usted

En fin, sea lo que sea, se lo pido á Ud. por lo que más ame en el mundo... por sus padres... por su mujer de Ud. y por sus hijos, que no querría Ud. maldijesen el nombre de su padre como Ud. maldice el de Dios...; se lo pido á usted, si es menester, de rodillas; no hable Ud. así por compasión. Insúlteme Ud. á mí, haga Ud. de mí lo que quiera, máteme Ud. si le hace falta para calmar la ira que le ciega...; pero, vamos, sea Ud. hombre honrado, decente y cristiano; respete Ud. el Santo nombre de Dios, del Dios que lo crió, que lo redimió con su sangre y que un día lo ha de juzgar... No ultraje Ud. la honra de la Virgen Santísima, que, por ser ella Madre de Dios, y Señora y Madre nuestra, no merece ser ni español, ni cristiano, ni caballero, el que en ella pone su lengua, si no es para bendecirla y alabarla...»

Dijo el fervoroso católico estas últimas palabras con un tono tan varonilmente patético, con tal unción y ternura, que se ganó por completo los corazones de cuantos se agruparon para presenciar la escena. Mujeres hubo que empezaron á llorar, y otras, y eran las más, que, hechas unas furias, hubieran arañado al blasfemo carretero, y le hubieran sacado los ojos, si éste, que en el fondo no era malo,

pero sí muy bruto y más ignorante; si el carretero, digo, no se hubiera avergonzado, callado y casi casi enternecido también con las palabras del socio de San Vicente.

—Dispense Ud., caballero,—dijo al cabo de un rato tartamudeando de vergüenza, y sin saber por dónde tirar ni cómo salir del atolladero en que su mala lengua lo había metido.—Dispense Ud.; veo que tiene usted razón: soy un bárbaro que no sé lo que me digo. Tengo esta mala costumbre... ¡Pero ya ve Ud.! cuando estas malditas mulas se atascan, no hay quien las haga arrancar... y lo que pasa: se ciega uno de coraje, la sangre se le sube á la cabeza... y, ya no se sabe lo que se habla.

—Pero, hombre de Dios, y porque jure usted y blasfeme, y arroje al rostro mismo del Señor frases inmundas que á ningún hombre se atrevería Ud. á decir, ¿cree Ud. que va á hacer que los animales salgan de ese bache? ¿es eso discurrir? ¿se figura Ud. que las mulas entienden ese lenguaje, y van así á arrancar más fácilmente? No, hombre, no; no sea Ud. irracional... las mulas entienden y andan de esta manera.»

Y diciendo y haciendo, arremetió con la rueda que tenía más cerca de sí; y como era de fuerzas hercúleas, y como al ver en aquella

faena á un elegante caballero, otros hombres del pueblo y el mismo carretero hicieron lo propio, en un periquete sacaron las ruedas del profundo bache, en el que por gracia de nuestros bienaventurados Ayuntamientos se habían sumergido hasta el cubo, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron el carro, el caballo y el caballero en disposición de seguir tranquilamente su camino.

—Muchas gracias, señorito; muchas gracias, y veo que tiene Ud. un corazón noble y un alma generosa. Yo le prometo á Ud., y si le parece poco le juro, que no olvidaré jamás la acción de Ud. para conmigo esta mañana. Si todos los que gastan levita fueran así, otro gallo nos cantara; y si Ud. no lo lleva á mal, otro gallo le cantara también á la gente de levita. En fin, que nunca le podré olvidar á Ud.

—Eso es poco,—le replicó el caballero, llevándose al pobre hombre á una acera, y hablándole en voz baja.—Veo que Ud. tiene un buen fondo, y de lo que Ud. se resiente es de falta de educación moral y civil, y sobre todo de falta de educación religiosa. ¿Quiere Ud. que seamos amigos?

—¿Yo amigo de Ud.? Yo un pobre... y Ud...

—Vamos, vamos, déjese Ud. de cuentos;

todos somos hermanos, hijos del mismo Padre, que es Dios...; hijos de la misma Madre, que es la Virgen. Ahora va usted deprisa. Tome usted esa tarjeta. Cuando tenga Ud. un rato de vagar, le espero en mi casa. Y eso para el camino.

Y le dió unos riquísimos habanos, cuales jamás los había visto el pobre menestral más que al pasar por los escaparates de la Compañía Tabacalera.

La tarjeta decía:



## II

Hácese amigos el carretero y el marqués, y lo demás que verá el que leyere.

**A**BISMADO quedó el pobre Andrés, que así se llamaba el carretero, en un mar de confusiones, cuando, al leer la tarjeta, se encontró con que aquel elegante caballero que

le había ayudado á salir del aprieto en que se encontraba por habérsele atascado el pesado carronato, era todo un marqués... Nada menos que un señor marqués... ¡Y lo había llamado su amigo!... ¡Y hasta le había estrechado la mano sin miedo á ensuciarse!... Y luego, ni lo saludaban siquiera á él, el pobre carretero, D. Fulano y D. Zutano, y eso que hablaban mucho de *igualdad*, nada más que porque ellos gastaban chistera y tenían cuatro cuartos apañados, no se sabe cómo, y él era un triste carretero... Y en cambio aquel señor marqués, tan bondadoso y tan humilde, le había dicho que lo esperaba en su casa...

Jamás había soñado Andrés que hubiera marqueses de esa catadura. Le habían dicho siempre, y leía él todos los días en *sus papeles*, que todos los que gastan levita son unos tales y unos cuáles, y, ¡claro!, jamás había imaginado encontrarse, no ya con burgueses, sino con linajudos caballeros que llamasen amigos y hermanos á los que no tenían como él ni la camisa ni las manos limpias, ni siquiera donde caerse muertos.

— «Me ha reñido, y casi casi me ha avergonzado delante de la gente,—decía para sí,—pero la verdad es que tenía razón, porque cuando se

me hinchan las narices, cosa que me ocurre á cada rato, la ira me hace muy mal hablado y muy salvaje. Pero es lo que él decía. Cuando uno cree en Dios y ama á Dios como á su padre, es menester que defienda la honra de Dios como propia. Y lo cierto es que, si alguien dijese de mi padre ó contra mi padre lo que decía yo contra Dios cuando el señor marqués me reprendió, yo... le rompería el alma. ¿Que diría yo de mis hijos si no me defendieran? Serían unos infames que merecerían la maldición de su padre...»

Con estas y otras consideraciones análogas seguía, adelante el carretero Andrés su camino, sin tropiezo alguno digno de contarse. Sólo que, cuando para arrear las vetustas y desengañadas mulas veníasele á la boca alguna palabrota de las consabidas, en vez de echar rayos y centellas y pegarla contra Dios, el carretero, hombre de bien en el fondo pero muy bruto y sin mas cepillo que el de la cuadra, la taberna y el club, se desahogaba con el demonio, se ensuciaba en el alcalde porque no cuidaba mejor la calle y había baches como abismos sin fondo; en el Gobierno, porque era un tal y cuál que robaba á los *probes* para darse él buena vida, en cualquier cosa; pero al ir á pronunciar

el santo nombre de Dios, parecía que la sombra del marqués se le ponía delante, dulce y amenazadora á la par. Era que las palabras del aristócrata cristiano se le habían quedado clavadas á Andrés en el corazón; que, aunque endurecido por el pecado y el embrutecimiento, aquel pobre hombre tenía corazón.

Pero aquí de los apuros de Andrés, el del carromato. ¿Qué había de hacer? ¿Iría á visitar á su *amigo* el señor marqués de la Caridad? ¿Él?... Y ¿cómo se hablaba con aquel señor?... ¿Y le dejarían entrar los criados sin soltarle el perro? ¿Y oliendo á cuadra? Vamos, le daba una fatiga que, aunque nada corto de genio, ponfalo en horribles apreturas.

Por otra parte, el marqués era tan bueno... y él le había dado palabra de ir. Y luego, lo que decía Andrés. Dios sabe lo que saldrá de esta visita, porque con tales señores conviene siempre estar bien por lo que pueda tronar, y por aquello de que al que á buen árbol se arrima...

En fin, que el carretero, después de un esfuerzo supremo, se decidió por último á hacer la terrible visita, y el domingo inmediato, que era día de huelga, haciendo que su mujer le sacase del fondo del baúl los trapitos de cristianar, bien afeitado y limpio como un oro, An-

drés el carretero se presentó con su tarjeta en la mano en la hermosa casa del señor marqués de la Caridad.

## III

Primera perorata del marqués de la Caridad en contra de la blasfemia. El pobre carretero no sabe dónde meterse.

**E**RA el marqués de la Caridad uno de esos hidalgos de añeja y ya casi perdida cepa, que, nobles por la cuna, lo son más aún por el alma. Distinguido en medio de su sencillez, humilde en el esplendor de las grandezas, verdadero pobre de espíritu nadando en la opulencia, cuando estaba rodeado de los pobres, cosa que le pasaba todos los días, era el padre de los pobres; y cuando, por deberes que absolutamente no podía excusar, alternaba con los poderosos y cortesanos, los grandes de España eran muy chicos á su lado. ¿Por qué? Porque á él no lo engrandecían, como á los más, sólo los pergaminos; tenía la grandeza del corazón y de la virtud, y la más rara grandeza de despreciar cuanto no fuese grandeza de virtud y de corazón.

Un día, un pariente suyo, marqués como él, le dijo :

—Chico, veinte mil duros me gasté en e baile que di el viernes en honor de la condesa del Cuello Tieso.

—«Hubiéraslos dado á los pobres, y hubieras saboreado la felicidad única que trae consigo el dinero: la de hacer felices á los desgraciados. Los derrochas en bailes, y, sobre no crear más que envidiosos, das motivos sobradísimos á Dios para que no te dé más un dinero que tan mal empleas, y pretexto al socialismo para que te quite lo poco que te queda.»

En fin: que no había quien lo apease de la idea de que los ricos no son más que administradores de Dios en bien de los desgraciados, y que el que se cree absoluto propietario y se figure que pueda echar á los perros del lujo, del juego y de los vicios los millones, lo menos que merece es que Dios le quite la administración, y lo eche á él á pedir limosna, primeramente á la negra casa de la usura, y luego tal vez á mitad del arroyo.

Con estas y otras teorías que defendía y practicaba el marqués, y por lo que sus parientes le llamaban extravagante, raro y hasta ridículo, había llegado el cristiano aristócrata á ser el padre de los pobres y el alma de todas las obras de caridad. Y le nacía este deseo de hacer